

# Pierre Teilhard de Chardin un siglo después de su nacimiento

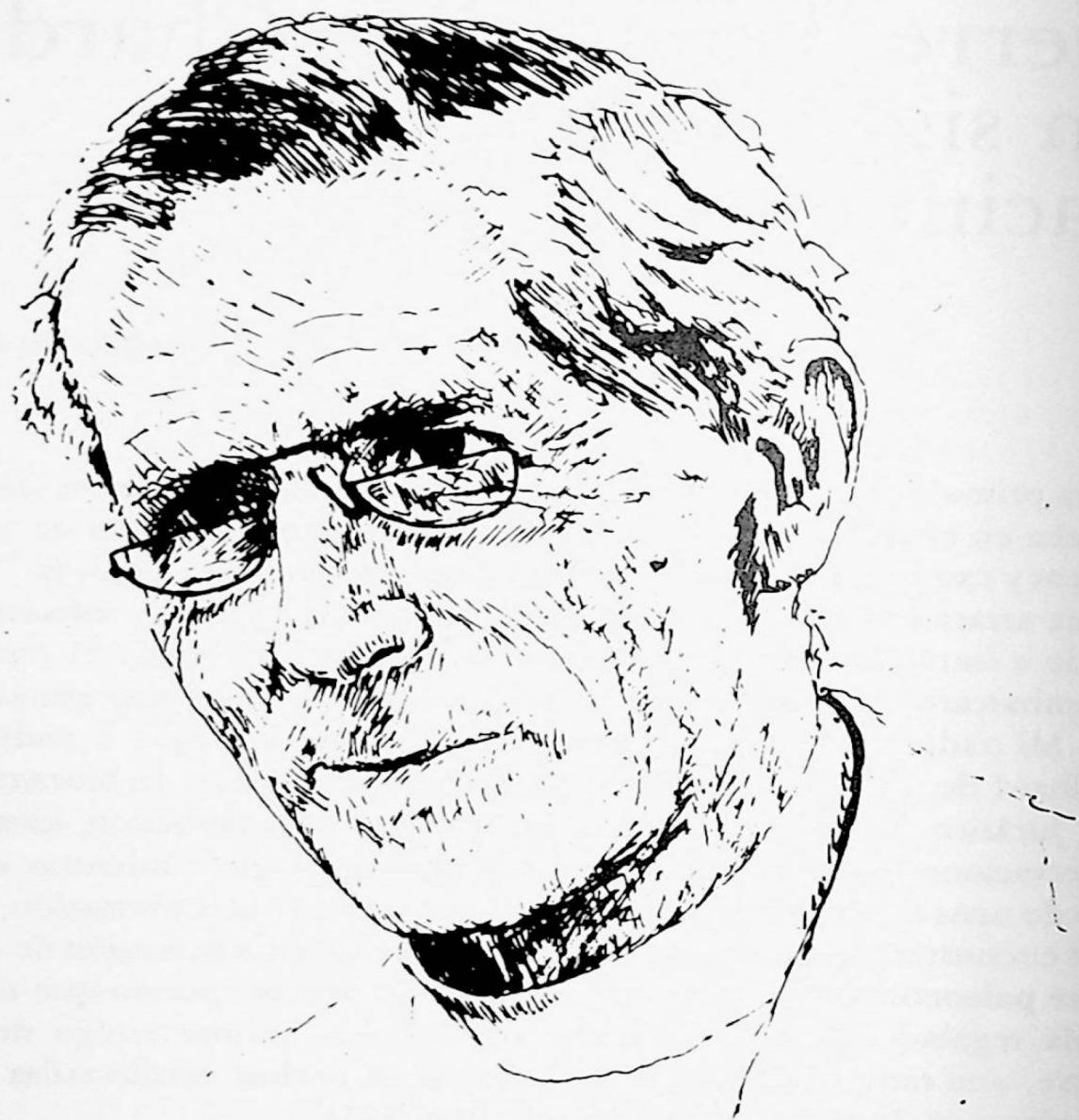
ADRIANO CECIONI

En la primavera del año 1938, a los 24 años de edad, mi padre Giovanni, viajaba en el pequeño barco “Adua”, ahora lujosa habitación de los magníficos y exquisitos peces multicolores que pululan el Mar Rojo. El “Adua” había atracado en el puerto de Hodeida, Yemen, tórrido, sofocante, húmedo e inundado de peregrinos que se dirigían a la Meca. Al costado de la embarcación se encontraba un buque inglés bastante más grande.

Mi padre subió a este último barco donde lo esperaba el padre Pierre Teilhard de Chardin, el cual en ese tiempo investigaba la bioestratigrafía del Jurásico harrarino en Abisinia. Ambos intercambiaron ideas sobre observaciones de ammonites, de ese período geológico, mientras disfrutaban de unas limonadas. Lamentablemente la amistosa conversación, debido a las circunstancias de horario, fue breve y no tuvieron la ocasión de dialogar sobre paleoetnografía, tema que interesaba a ambos, puesto que mi padre había regalado al Barón Alberto Carlo Blanc, íntimo amigo del padre Pierre, una estupenda colección de puntas de flechas, recolectadas durante sus viajes en Somalía, entre los años 1936-1938.

El padre Pierre era de normal estatura pero su porte se acrecentaba debido a su delgada constitución, a su carácter, a su cuello almidonado y a su blanco talar ondulante, el cual, junto a la característica faja de la Orden Jesuita, contrastaba con aquella nube de polvillo de carbón, con el cual se abastecían las embarcaciones.

Su preparación científica y teológica traslucía un profundo misticismo, tolerante, abierto y simpático. Sus ojos reflejaban una personalidad espiritual, fuerza de voluntad y decisión, así como curiosidad hacia todo lo que lo rodeaba; en una palabra, era un típico intelectual activo, envuelto en



Pierre Teilhard de Chardin

ese espíritu que todo lo quiere comprender. Su robusta fe por la ciencia fue el único motor que le permitió enfrentar tantas adversidades de toda índole en Asia y África.

Nació el primero de mayo de 1881 en Sarcenat, cerca de Clement-Ferrand, Auverne, Francia, donde Desmarest, en 1763, demostró por primera vez que el basalto es de origen ígneo, contrariamente a las ideas de esa época (pero ya mencionadas por Plinio). Después de 19 años de estudio fue ordenado sacerdote jesuita. En 1912 comenzó a trabajar con el famoso profesor Marcellin Boule y discutió su tesis de doctorado en 1922.

Viajó a China (estudió rocas antiguas), país al cual volverá después de haber sido honrado con la Medalla Militar y la Legión de Honor por su brillante proceder durante la Primera Guerra Mundial.

Sus esfuerzos se dirigieron, en un principio, a la comprensión planetaria de la granitización, a la estratigrafía de África Oriental y Arabia Meridional, y, posteriormente, se interesa por los extensos afloramientos del loess de China.

Sin embargo, su predilección fue para la paleontología de los mamíferos, especialmente carnívoros superiores. Estudia aquéllos incluidos en las rocas oligocénicas francesas (fosforitas), pasando luego a la comparación de los dientes de faunas eocénicas.

Inexplicablemente es llamado a estudiar el *Tarsio*, único género, con una única especie (*spectrum*), todavía viviente en Somalía, Java, Borneo y Filipinas. El *Tarsio* es un pequeño prosimio arborícola, nocturno. A pesar de no ser verdaderos monos, el padre Pierre sostiene que representan pequeños primates pertenecientes a la rama sobreviviente más cercana de la estirpe humana. Esta afirmación, 1916, tiene que haber pasado inadvertida a la nueva inquisición o haber sido considerada como un mal menor frente a los grandes problemas eclesiásticos de la primera guerra, los cuales angustiaban a Benedicto XV.

Sin duda el padre Pierre encontró también, en un estudio posterior, que el *Pithecanthropus* es el antecesor directo de, por lo menos, una parte de los antecesores de los hombres actuales. Tanto es así que ahora el *Pithecanthropus* se llama *Homo erectus*. El padre Pierre piensa que los gorilas y los *Tarsios*, así como otros primates actuales, pertenecen a la rama más cercana a la estirpe humana. He aquí donde comienza a encontrarse su conflicto "evolucionístico-religioso". Si bien admite la evolución, respecto al hombre actual, sigue pensando como San Pablo "minuisti cum minus quam ab angelis" (Tú, oh Dios, hiciste al hombre y lo pusiste algo más abajo de los ángeles).

El famoso paleontólogo belga Luis Dollo, autor de la ley sobre la

irreversibilidad de la evolución y conocedor de los magníficos resultados de Teilhard, lo invita a estudiar los primates paleocénicos de Bélgica.

En 1923, el padre Pierre, parte otra vez a China, convulsionada por el Koumitang, y donde los jesuitas apenas eran tolerados. La paleontología de esa nación era prácticamente desconocida. Teilhard no es solamente un sistemático como Linneo; tiene mucho más parecido con el genial y herético Buffon, el segundo Galileo de la Inquisición. Con sus estudios el padre Pierre resucita el medio ecológico, el clima, la geografía y las asociaciones vitales de un pasado lejano y también reciente como es el Villafran-chiano, límite del Plio-pleistoceno.

El estudio de las formas antropomórficas, enanas europeas, estimula una perdurable y envidiable amistad con Boule, introduciéndose así, definitivamente en la Paleontología Humana, ciencia peligrosísima para un sacerdote, aún más para un jesuita, que, en otras épocas, podría haber sido enviado a la hoguera como le sucedió al fraile Giordano Bruno, destacada figura de la ciencia moderna.

Lamentablemente, debido a su complejo carácter, no se manifiesta explícitamente sobre que Dawson hubiera demostrado la existencia del Hombre de Piltdown, uno de los más asombrosos fraudes científicos. Al respecto dice "... y por fantástica que sea prefiero la hipótesis de unos restos de colecciones tirados, como sobrante, en el agujero para la extracción de grava" (carta del 8 de diciembre de 1953).

Sin embargo, el padre Pierre fue, en su tiempo, un atrevido previsor: afirma que el *Australopithecus* es una forma progresiva de los antropomorfos (les llamó "Para-Homínidos"), debido a su técnica "bifacial" en la fabricación de puntas de flechas. Afirma que son de origen "muy antiguo". Ahora se sabe que su existencia se remonta a unos dos millones de años.

Los *Dryopithecus* habitaron hace 15 millones de años en la foresta y dieron origen a los gorilas. Los *Ramapithecus* ("primos de los *Dryopithecus*") migraron a las sabanas africanas y asiáticas, y dieron origen al *Australopithecus*. Esta evolución (muy sintetizada, puesto que no es el propósito de esta nota), además de otros descubrimientos tales como el *Sinanthropus pekinensis* (contemporáneo al *Australopithecus*) y el *Gigan-topithecus*, se fueron hilando con precaución y de acuerdo a un honesto criterio científico.

Estos resultados fueron conocidos sólo en parte por el padre Pierre quien, lamentablemente, falleció repentinamente, en Nueva York, mientras estaba preparando una nueva expedición a China.

El padre Pierre pensaba que el *Australopithecus* y el *Sinanthropus* dieron lugar, tanto en Asia como en África, al *Homo sapiens*.

Con este pensamiento culmina el problema científico-religioso que había comenzado durante sus primeras investigaciones en Paleontología Humana.

Los hechos expuestos corresponden a una modesta síntesis basada en los trabajos originales que el padre Pierre editó durante su vida y que culminaron con la 222<sup>a</sup> publicación: "Le phenomene humain", 1955, edición Seuil, 348 págs., 4 figs.

En los trabajos póstumos, cabe señalar un estilo totalmente diferente, de tipo dialéctico, y es notable la amalgama entre los datos científicos del padre Pierre y los principios teológicos.

Por este motivo hemos preferido señalar el pensamiento real del padre Pierre, especialmente en los que él publicó en revistas tales como "l'Anthropologie" y "Comptes rendu de l'Academie de Sciences". Estos trabajos fueron muy elogiados y objetivamente presentados por el famoso profesor Dr. Jean Piveteau, especialista en mamíferos fósiles, amigo íntimo del padre Pierre Teilhard de Chardin.

El problema científico, en términos actuales, es si el hombre tiene origen monofilético o polifilético. La inquietud del padre Pierre era si el hombre tenía origen difilético (de Asia y de África). El tema lo trata en "Sur la possibilité d'une bifurcation precoce du phylum humain au voisinage inmediat de ses origines" (Compte Rendu Acad. Sc. t., 237, pp. 1293-1294, 1953). Desde 1951 el padre general de los jesuitas, el despreciado Papa Negro en Italia, lo había desterrado a Nueva York.

El mencionado trabajo, de sólo dos páginas, fue un verdadero impacto en el Vaticano y en los católicos dogmáticos, puesto que estos últimos deben solamente aceptar el origen monofilético del hombre, ciñéndose literalmente a la Biblia y no a sus interpretaciones. Es por esto que el monofiletismo dogmático se basa en dos personas de sexo opuesto, evidentemente excluyendo un tercero (*tertium non datum*), a menos de no incluir a la serpiente (j).

Lamentablemente, el padre Pierre no tenía noción de la cronometría isotópica, basada en elementos radiactivos, puesto que estos métodos estaban investigándose. Por este motivo no alcanza a ubicar temporalmente al *Australopithecus*. Sin embargo, antes del descubrimiento del C-14, por Libby (1955, año de la defunción del padre Pierre), en las prédicas religiosas, aún se mencionaba al obispo Ussher, el cual afirmaba que la Tierra había sido creada el 26 de octubre del año 4004 a.C., a las 10 de la mañana (j). También se mencionaba al astrónomo William Whiston (alumno de Newton), quien sostenía que el diluvio universal había comenzado el 27 de noviembre del año 2349 a.C. (j). Naturalmente se consideraba una

“bufonada” la evaluación de Buffon, el cual planteaba que nuestro planeta debía de tener, por lo menos, 75.000 años, de acuerdo a sus cálculos sobre el tiempo de enfriamiento de esferas constituidas por diferentes metales.

En su último trabajo científico, publicado cuando aún vivía, el padre Pierre expresa la afirmación clara de que los efectos de la intensificación orientada predominan sobre los efectos de la diversificación, y que todo el misterio de la morfogénesis se reduce a un simple mecanismo de dispersión. Este concepto implica que se ha pasado de la micro a la macroevolución.

Según este filósofo-naturalista, el hombre no es solamente una nueva especie de animal: el hombre representa el incentivo hacia una “nueva especie de vida”. La evolución es progresiva. Después de la era, durante la cual los vivientes sobrellevaron la evolución, ahora estamos en la etapa de la “autoevolución”, de la evolución que debería ser dirigida. La evolución, según este sacerdote (debido a su conflicto espiritual, científico y religioso) no se desarrolló bajo la influencia de factores naturales y cósmicos. El padre Pierre la plantea de tipo vitalista, especialmente en la de los homínidos, con la intervención de un designio divino. Con ello implica un progreso hacia un objetivo, lo que constituye el principio finalista.

La “autoevolución” de Teilhard de Chardin es comparable con la “evolución de las evoluciones” de Simpson.

La mayoría de los evolucionistas ponen al comienzo la sencillez: pocos órganos que cumplen muchas funciones. Según el padre Pierre, la unidad (en su concepción filosófico-religiosa) está al término del proceso creativo y la evolución converge (in excelsis) “orientada hacia una unidad personal y trascendental”. Si se sustituyera el término “elevado” por “trascendente” y si se eliminara el vocablo “personal”, el pensamiento de este jesuita sería muy similar al “panteísmo” del filósofo Spinoza.

Según el padre Pierre la evolución tiende hacia lo que él llama el punto “omega”, dirigida hacia una forma de “ultra-hombre”.

El verdadero hombre (curioso y responsable, según Simpson) tiene que pensar que una vez, tarde o temprano, tendrá que salir de su envoltura material, la “cárcel terrenal”.

Este término es usado por muchos filósofos, científicos y artistas (por ejemplo, Miguel Angel) y que implica abandonar los factores materiales, espacio-tiempo, para ingresar a una dimensión espiritual. Para comprender estos difíciles, y, en parte, contradictorios pensamientos, es necesario prepararse, desde la más tierna edad, con serenidad y dignidad en aras de un perfeccionamiento racional.

Baruch Spinoza dice: “Las cosas excelentes son aún más difíciles cuanto más raras son”.

El padre Pierre admite un influjo “revelador”, ya existente, como centro de “implosión”.

Teilhard de Chardin a través de su punto “omega” y de su “finalismo”, parte de la materia inerte a los vegetales, y de éstos a los animales; del animal al Hombre y del Hombre al Cielo. Todo se eleva según un movimiento continuo y armonioso, en el cual cada uno ocupa su sitio, debido a que cada sitio ya está destinado.

Este pensamiento es el evidente resultado de sus conclusiones científicas y de su ineludible doctrina religiosa y filosófica.

El padre Pierre Teilhard de Chardin, como le sucedió a Aristóteles en la Edad Media, estuvo influenciado por el dogmatismo. Aristóteles fue criticado y refutado por los renacentistas, tanto por sus ideas como por “ipse dixit”. Pero el padre Pierre reaccionó, en parte, a este dogmatismo.

Dante decía “e maestro di color che sanno” (maestro de aquellos que saben).

El padre Pierre Teilhard de Chardin fue un verdadero científico, considerando la ciencia como contemplación y visión puramente intelectual de las realidades situadas más allá del mundo tangible y sensible: el punto “omega” y “las 3 + n dimensiones”.